



¿Dónde está el abuelo de Pablo Picasso?

por Rosario Moreno

Cuba es la isla de misterios y leyendas que yo comenzaba a descubrir antes de partir definitivamente en 1963. Nunca se sabrá cuales son realidad o fantasía, pero para mí, en los años que descifraba la vida, eran sortilegio. A mi abuelo paterno le encantaba contarme cuentos de la Guerra de Independencia que encerraban cierta magia, pero mis favoritos eran los que tenían que ver con su hermano mayor que se llamaba igual que mi padre, Francisco Moreno. Le decían Pacún y era el bohemio de la familia. Era pintor; amigo y discípulo de Juan Bautista Vermay, fundador y primer director de la Escuela de Bellas Artes San Alejandro. Mi Tío Pacún, a quien nunca llegué a conocer, había participado en la fundación de la escuela. Vermay llegó a Cuba de París al desplomarse el imperio Bonaparte.

En mi mente infantil, Pacún era un personaje casi novelesco que pintaba las naturalezas muertas colgadas en las paredes del comedor de la casa donde nació (hoy una tienda de pacotilla en el Vedado). Crecí mirando aquellos cuadros monótonos que nada tenían que ver con las anécdotas que se hacían de Pacún y con lo que yo percibía de su personalidad nada convencional y su espíritu gigante.

Una vez, alrededor de 1952 (ya Batista había dado el golpe de estado), hice el

descubrimiento más importante de mi niñez (nacé en 1946). En casa había un cuarto alto, algo así como un desván, donde se conservaban libros, documentos, cuadros y cachivaches de valor sentimental y cultural que llevaban años allí guardados. Mi padre estaba buscando unos libros de referencia y yo, tratando de ayudarlo, encontré detrás de una cortina que vio mejores días en otro siglo, docenas de desnudos pintados por mi tío abuelo Pacún. Eran mujeres negras, de todas edades y dimensiones, con labios y uñas rojo fuego. Una de ellas parecía una Maja Desnuda de Goya africana. Otra era la Venus de Botticelli mulata. La más alucinante de las obras eran dos negras bellas bañándose una a la otra a la orilla de un río. Yo quedé anonadada pero encantada de ver al fin al Pacún que imaginé reflejado en su obra.

Aparentemente mi abuela no quería las pinturas en la casa porque no eran aceptadas por la Iglesia Católica y como los curas de la Parroquia del Vedado a veces nos visitaban (siempre pidiendo algo), abuela no quería pasar por la vergüenza de explicar aquellos impúdicos retratos. Luego me enteré por una prima que nos visitó de Oriente y sabía todos los chismes familiares, que Pacún había pintado a todas las sirvientas y niñeras del barrio como Dios las trajo al mundo en ese mismo salón que había sido su estudio. Abuela lo consideró un verdadero escándalo y cuando él murió, mandó a guardar todas las pinturas inaceptables y desde entonces estaban allí escondidas.

Cada vez que me visitaba una amiga de la escuela, la llevaba a aquel desván extraordinario para que conociera mi custodiado tesoro. A todas les prometía que la próxima vez les enseñaría una colección de negros en cueros que tenía guardada, lo que por supuesto era una mentira para hacerme la interesante. Las niñas de escuelas de monjas teníamos gran curiosidad por ver hombres desnudos, sobre todo si eran negros.

En 1960, ayudando a mi padre a buscar unos sellos antiguos, encontré entre las cosas de Pacún, unos apuntes escritos a mano sobre la supuesta familia cubana del pintor Pablo Picasso. Por supuesto, sabía que Pablo Picasso era uno de los pintores más importantes del siglo XX y seguí leyendo. Me imagino que los apuntes eran de Pacún, único artista de la familia inmediata, por lo que le interesaría todo lo referente a Picasso. El hallazgo, 13 años antes de la muerte del maestro, fue interesantísimo. Resulta que el abuelo materno

del autor de Guernica, llamado Francisco Picasso (nunca se me olvidó porque era el nombre de mi padre), llegó a Cuba después de la mitad del siglo XIX buscando fortuna como la mayoría de los españoles, dejando a su familia en Málaga. Bien se decía en Cuba que el mejor invento del español después de la alpargata era la mulata, porque abuelo Picasso se enamoró de una esclava liberta llamada Cristina Serra con la que tuvo cuatro hijos en Sagua la Grande. Años más tarde, el viejo Picasso falleció a causa de una anemia perniciosa en Cienfuegos. Fue todo lo que pudimos descifrar porque el papel añejo y amarillento estaba escrito con lápiz, aunque el título “Familia Cubana de Pablo Picasso” estaba escrito en tinta azul.

Papi y yo tratamos de conseguir más información con mi tía sagüera, casada con el hermano de mi padre, pero no encontramos nada. Era como un gran misterio o quizás una fantasía y pensamos que quizás eran notas ficticias para alguna novela. Pasaron los años y alrededor de 1970 -Pablo Picasso aún vivía, ya convertido en el pintor más famoso del mundo contemporáneo- recibí una carta de mi padre recordándome nuestro descubrimiento picassiano. Había visitado Sagua la Grande y tropezado por casualidad con alguien que conocía la fascinante historia de la familia mestiza de Pablo Picasso. El hijo de Francisco Picasso y Cristina Serra había tenido familia, unos cuantos hijos y nietos, toda una rama cubana de Picassos a todo color.

Siempre me pregunté si el pintor habría muerto sin saber de su familia cubana, porque me imagino que le hubiera encantado conocerla. Uno de los artistas más importantes e influyentes del Siglo XX, Pablo Picasso, fue amigo íntimo de nuestro Wilfredo Lam, que precisamente era de Sagua la Grande, como su familia cubana. Nunca encontré dato alguno de que el artista hubiese visitado nuestra isla. Compartí la historia con varias personas, pero no continué porque me miraban como si les estuviera hablando en swahili. Solamente Alejandro García-Ramón, mi gran amigo venezolano, tuvo la sensibilidad de apreciar la historia y jugar con la idea de desarrollarla para la televisión, pero nunca llegamos a hacerlo. Había que viajar a Cuba, conseguir los permisos para la investigación, lo que a él como venezolano se le hubiera facilitado, pero de ahí no pasó. Después de todo podría haber sido un invento de algún cubano fantasioso que dejó correr la bola desde el siglo XIX hasta el día de hoy, porque así son las bolas.

Hace pocos días, estaba buscando información sobre teorías de conspiración (tema que me apasiona) y choqué de casualidad con un artículo del periodista Jorge Garrido, contando la historia de los parientes negros de Pablo Picasso en Cuba y los secretos que la rodean. Eran tales, que se suspendieron misteriosamente dos libros por editar, uno por una conocida editorial brasileña y otro por una editorial española de igual fama. No se supo por qué se detuvieron las ediciones, pero intuía que fue cuestión de intereses dada la importancia de la obra del maestro del cubismo. Pero en 1999 se rodó un documental en Cuba, con la historia contada por sus propios protagonistas, los descendientes mestizos del abuelo de Pablo Picasso en la isla. Los realizadores de la obra y los protagonistas fueron invitados al festival de cine de Málaga por el periodista malagueño Domi del Postigo. En España llamó la atención el parecido tan grande entre los ojos del pintor malagueño y los del nieto de su tío cubano.

El investigador y poeta español Rafael Inglada, ya había contactado con los Picasso cubanos para realizar la biografía del artista. El documental despertó la curiosidad de Ramón Picasso, médico habanero de alrededor de 50 años y sobrino lejano del pintor, que no sabía mucho sobre la obra del gran artista.

Yo por mi parte me sentí satisfecha de haber tenido acceso desde hace 60 años a esa magnífica y maravillosa historia que las condiciones del momento no me habían permitido investigar y me sentí, una vez más, dichosa de haber nacido en ese pedazo de tierra bañado de olas saladas, donde nada es imposible bajo las palmas. Me sentí privilegiada, como me siento cuando pienso en La Habana donde crecí, la del Cristo en la bahía, del Vedado y del Malecón. Pero me entristeció que esta realidad no se conociera hasta ahora, pensando en cuantos enigmas y memorias quedaron guardados en la isla y en aquel desván de la casa, que al morir mi padre, pasó al estado cubano para convertirse en una quincalla con columnas de mármol. ¿Tendría alguien la curiosidad de haber revisado el contenido de cada escritorio, cada librero y cada secreter de la casa? Ese será un misterio que como el de los Picasso cubanos, se revelará si es que le llega el momento. Aunque a veces es preferible que no llegue por el aquello de “ojos que no ven, corazón que no siente.”